

In Memoriam Leonardo Velázquez

por Lázaro Azar

Quienes conocieron al maestro **Leonardo Velázquez** desde chamaquito, cuando llegó a la Ciudad de México proveniente de Oaxaca, a los ocho años de edad, recuerdan que tras su gran sonrisa de oreja a oreja se escondía un muchacho muy sencillo que sumaba a su musicalidad innata tres virtudes que le acompañaron siempre: la prudencia, la discreción y un gran sentido humano de la amistad.

Aún cuando la muerte le sorprendió prematuramente mientras gozaba mirando el mar —hermanándole así con Juventino Rosas, también fallecido en Cuba—, Leonardo Velázquez Valle (Oaxaca, 6 de noviembre de 1935-Varadero, 20 de julio de 2004) fue despedido con un Concierto-Homenaje.

Gestor y director de coros y orquestas, así como profesor y funcionario a quien mucho debe la UNAM, Leonardo será recordado como un prolífico compositor que siempre se mantuvo fiel a su lenguaje y nunca dudó cómo transmitirlo. Gran conocedor de los derechos autorales y de la propiedad intelectual, Velázquez fue también miembro de la Academia de las Artes y del Centro de Apoyo para la Música Mexicana de Concierto (CAMMC), donde demostró siempre su compañerismo al propiciar la audición de la obra de otros compositores.

Claro ejemplo de que infancia es destino, el maestro Velázquez era un vivo reflejo de

sus orígenes zapotecas (por generaciones, su familia formó parte de la Banda de Música “Alma Yalalteca”) y recordaba con gratitud que Halffter fue su maestro de composición y que “gracias a Blas Galindo aprendí a orquestar”. Recuerdo cómo se le iluminaba el rostro al evocar a Galindo: “Era como un padre para quienes estudiábamos con él; me regaló el libro de orquestación de Casella y me aconsejó que me lo ‘macheteara’ todo... Quién me iba a decir entonces que, poco después, tendría la satisfacción de que sería él quien dirigiera el estreno de una pieza mía, tocada por la Sinfónica Nacional. ¡Imagínate lo que eso significaba para un chamaco de dieciséis años!”.

Considerado el mejor compositor de música de concierto que haya dado Oaxaca en el siglo 20, Leonardo Velázquez gozó de la fama que le merecieron obras como la *Fanfarria* que compuso para las Olimpiadas de 1968, su ballet *Gorgonio Esparza* (1957) o sus bandas sonoras para las películas *El brazo fuerte* (1975), *El chanfle* (1980), *Morir de madrugada* (1981) y *La seducción* (1982), premiadas con Arieles y Diosas de Plata a la mejor música de cine.

Cierta vez, platicando sobre su obra, caracterizada por la economía de recursos y una halffteriana transparencia no exenta de guiños humorísticos, me dijo: “Para qué me pongo a buscar novedades, si éstas no reflejan lo que quiero decir; más vale no meter lo que no se necesita”. ●